

y desapacibles. Entrecerró los párpados, echándose hacia atrás en el añoso sillón de *reps* verde, herencia de su padre—el amigo de Iglesias—. Buscó a tientas, en el mar revuelto de libros y papelotes que sobre de la mesa había, la cajetilla de cigarros. Encendió uno, y, chupándolo con fruición, volvió a suspirar. Sólo que entonces el suspiro no fué de fatiga, sino de alivio; decidía en aquel momento suspender la tarea a que con afán parturiente desde la víspera se había consagrado.

—Veremos si fluye mañana...— murmuró—. Hoy el cacumen está punto menos que vacío.

Ocho días antes viniérale una idea luminosa. Una idea tan original, tan en consonancia con el democratismo por él perseguido, que casi estuvo a punto de revelársela a su vecino de curul, en la Cámara. Temeroso de un plagio, se la calló, sin embargo. Tratábase nada menos que de someter a la aprobación del Congreso un proyecto que sería pasmo de las generaciones venideras: el de suprimir la Universidad Nacional, obra y coronamiento de la ominosa dictadura derrocada.—¿No se pretendía crear una democracia nueva? Pues, abajo con los privilegios; los de la riqueza y los de la inteligencia. Había que ahormar la cabeza de los ciudadanos en el molde de la igualdad. No más filosofastros propagadores del *comptismo* y del *bergsonismo*; no más literatos europeizados que escribían libros mientras los pobres sudaban el quilo con el azadón; no más sinfonistas ni pintores, horridas sanguiuélas del pueblo, que sólo servían para explotarlo. ¡Escuelas y más escuelas en las que sólo se aprendiese a leer y escribir, amén de las cuatro reglas de la aritmética y de la biografía del Cura Hidalgo! Convertiríase de esa suerte la República en felicísima Arcadia, donde la grey, en vez de tener

pastores, tuviese borregos para su dirección y cuidado.

Afanoso se puso a la obra. Soñaba con un discurso monumental, de amplios vuelos líricos, de erudición vasta. Había pintado ya a las clases populares, de la montaña al llano, del llano a la ciudad, de la ciudad al mar, «bajo del claro, bellissimo y profundo cielo azul de nuestra amada, heroica y gloriosa Patria», sojuzgadas por el grupo de escogidos que nutrían su cerebro en aulas pagadas por la nación. Había también revuelto de arriba a abajo la biblioteca, a caza de citas que constituyesen el rapacejo de su pieza oratoria, y de ellas hizo nutrido acopio. Junto del *Nocturno* de Acuña, citaba a Kropotkine; y al lado de cierta fogosa disertación de Thiers sobre la Revolución Francesa, ponía la almibarada frasecita sentimental que arrancó de una novela de la señora Braemé, en cuya cubierta veíase a dos enamorados carilargos que se besaban al borde de un estanque.

Pero ya había llenado tres pliegos, y el discurso famoso no llevaba traza de concluir... —Irguiéndose en el sillón, mientras el cigarro humeaba junto al tintero que de instrumento servía a aquellos raudales de ciencia elocuente, hubo de repasar los pliegos susodichos con una sonrisa en los labios. — ¡Qué bien estaban, córcholis! ¡De ahí a convertirse en *leader* tribunicio de su partido no había más que un paso!

¡Ya daría él lecciones a los sabiondos que, en otro tiempo, solieron llamarle *dandy casquivano*! Un mes escaso llevaba de calentar la curul, y ya había tomado parte en cien debates y pronunciado no menor suma de pequeños discursos, amén del magno que preparaba. Traía asimismo entre manos una obra de gran enjundia. Titulábase *El desarrollo de la idea demo-*

crática a través de las edades de nuestra historia. Pretendía demostrar allí que el concepto de la democracia había nacido en México a raíz de las guerras de Moctezuma por la constitución del Imperio; y que todos los Gobiernos, incluso el colonial, hasta los albores del siglo XX, no se habían propuesto otra tarea que la nefanda de sofocarlo; sin pensar que por atavismo, por raza, por condiciones geográficas, sociales e históricas, los pueblos hispanos de América estaban destinados a enarbolar como pendón, ante la vieja y corrompida Europa, tan santo ideal.

De obra tan peliaguda tenía ya escrito el prólogo, en el cual latamente explicaba la división de ella en libros y capítulos, para que el lector no fuera a equivocarse al consultarla. Había comprado, además, media resma de un precioso papel de lino que, en el cajón de la mesa, aguardaba a ser maculado con tan sesudas disquisiciones. Y, adelantándose a los sucesos — como decían los viejos novelistas —, la víspera hubo de llamar por teléfono a Sixto Beltrán, con objeto de contratarle para que le copiase a máquina aquel libro maestro en gestación, pues, con sobra de argumentos, pensaba que los cajistas echarían los bofes componiendo de los originales manuscritos.

—¡Superior, Jorgito, superior! ¡Córcholis! ¡Así me gustas! Ya se ve que progresas, ya... — dijo en voz alta, echando sobre de lo porvenir una mirada de cóndor y abrochándose un puño de la camisa.

Sintió frío. Había dejado de sudar. Calmosamente, dirigióse hacia el balcón. Bañaba la calle una lluvia fina y menuda; lluvia retardada, como de octubre—. Consultó después el viejo reloj de péndola que en un ángulo del estudio dejaba oír su desmayado *tic-tac*. Eran las seis,

y *ella* no tardaría en venir... Necesario le pareció, por consiguiente, prepararse.

En la alcoba vecina se metió. Mientras sometía sus rubios y rizados apéndices labiales a las torturas de la «bigotera», y se peinaba con femenil coquetería, pensó en la esperada. — ¡Qué delicia de mujer! ¡Qué fuego! ¡Qué pasión! Si no fuera porque él — a fuer de Bazán, y pese a su constitución, en apariencia endebles —, estaba hecho a prueba de bomba, ya tendría a estas horas una lápida en el severo mausoleo donde reposaba, no lejos de la Rotonda de los Hombres Ilustres, el amigo de Iglesias.

A los escrúpulos sentimentales que le hostigaron en los días del arribo de Julia, había sucedido un bienestar de cuerpo y de espíritu propiamente beatífico. Símbolo de la vida perfecta le parecía aquel *menage à trois* en que lo angélico y lo terreno andaban mano a mano, y en que él se agitaba tan a sus anchas. Para el amor de aquí abajo estaba hecha Sofia. ¡Quién lo duda, con aquel ingenio en mentira y caricias que la adornaba! Y en cuanto a la pobre Julia, nadie, suponía él, pondría en tela de juicio su espiritualidad fascinadora. ¡Era tan inocente, que ni por las mientes le pasaba que «suegra» y «yerno» se entendiesen!

—¡No estás del todo mal, chico! — se dijo, viendo cómo su empecatada faz se reflejaba en el alinde del espejo—. Esa palidez te cuadra maravillosamente...

El reloj marcaba en el estudio las seis y media. ¡Y Sofia sin llegar, no obstante que la cita era a las seis! — Desde una semana antes la hechicera dama, vislumbrando el cansancio del diputado, a que daban origen las locas correrías por las afueras, habíale caído en su domicilio como llovida del cielo. No más novelas de folletín. Ansiaba ser su mujercita. Y como na-

die advertía sus amores, ¿a qué buscar clandestino refugio, cuando allí estaba la casa del mozo, tan curra y bien puesta?— Jorge, no sin sobresaltos, supo acomodarse a tan peregrino razonamiento. Le contagiaban el impudor y la confianza de ella. Como ella, carecía también de la consciencia del mal; y, galante, risueño, diariamente la recibía, al atardecer, en la vivienda de la calle de Medellín.

Ante la tardanza de la ausente empezó a ganarle la impaciencia. Recorrió una a una las habitaciones. Todo estaba en orden y bien dispuesto. Sobre la mesa, en el comedor, albeaba el servicio de té. Una claridad azúrea, difusa, bañaba el lecho, en la alcoba. Ochoa, obedeciendo a prudente consigna de su amo, no volvería sino hasta las ocho. — «¿Le habrá pasado algo?» — pensó, acordándose de los ojos negros. Tornó al estudio. Salió al balcón. En las solitarias avenidas se habían encendido ya los focos eléctricos. Cesaba la lluvia...

A todos los demonios se daba, abominando de la informalidad femenina, en tanto que medía la casa a grandes zancadas, como fiera en jaula, cuando se escuchó el rumor de un carruaje, en la calle... Minutos después, ella se echó en sus brazos, riente, sofocada, humedecidas por la llovizna las mangas.

— ¡Ay, mi vida, creí que no llegaría nunca!

— ¿Qué sucedió? Son las siete menos diez...

— Pues, ¿qué había de suceder? — repuso Sofía, risueña, mientras se despojaba de sombrero y guantes, así como del lucido saco de abrigo, hasta quedarse en cuerpo, ligera y saltarina—. ¿Qué había de suceder? Figúrate que venía a pie, para acá, cuando, en la calle de Mérida, ¡zas!, me topo ni más ni menos que con Ondarza y Perrín... ¡Me asusté muchísimo! Después me entró la calma. ¿Que a dónde iba?

Pues, a tal parte, a casa de una amiga... (*Remedándole.*) «Mucho gusto tendré en acompañarla, Sofía.» — «Mil gracias, Manuel»... — Y anda que anda... Yo sudaba. El me miraba, sonriente... Y la casa de la amiga, que no parecía por ninguna parte... — «Es usted una dama gentilísima, Sofía. Yo no puedo conformarme con su retraimiento de la sociedad. ¡Hace siglos que no se la ve!»... — «¡Me favorece usted, Manuel!» — Y vueltas y más vueltas; y calles y más calles...

— ¡Pero ese ser es un monstruo! — intencionalmente, umpió Jorge, seducido por la animación con que ella iba y venía por la estancia.

— Yo estaba angustiadísima... No hallaba santo a qué encomendarme... De pronto, me viene una idea; ¡oh, qué idea, Jorge! (*Riendo a borbotones.*) Me paro delante de una casa; llamo a la puerta; me despido del senador, y entro, dejándole con un palmo de narices...

— ¿Y conocías la casa?

— ¡Qué había de conocer, hombre!

— ¿Entonces?

— Pues, nada; que me metí; que me pasaron a la sala; que pregunté por la señora X. (no me acuerdo del nombre que di) a otra señora real y madura que salió a poco; que ésta me dijo que allí no vivía; que fingí muchísima pena por la equivocación, y, temerosa de que todavía estuviera Ondarza afuera, trabé larga plática...

¡Ay, Dios mío, si vieras qué simpática, qué simpática, pero si qué simpática la dueña de la casa! ¡Nada, que nos hicimos amigas! ¡Como si de años nos hubiéramos conocido!... Es de Chihuahua... Y tiene un perrito así, así de chiquitín y de gracioso...

— ¿Cómo dices que se llama?

— ¿El perro? Se llama *Flirt*. ¡El nombre que yo quería ponerle al mío!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
Apt. 1025 MONTERREY, N.M.

—No, la señora...

—Pues se llama... (*Reflexionando.*) Ahora verás... (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡María Rodríguez, ni más ni menos! ¡Qué vulgaridad!

—Y dices que vive...

—De la calle no me acuerdo; mejor dicho, ignoro el nombre... Es aquí cerca. Andas tres «cuadras», luego das vuelta; en seguida tomas a la derecha, y luego...

—¿Sabes que entre tú y yo vamos a formar una nueva *Guía de Forasteros*?—declaró Bazán, comiéndosela a besos—. ¡Eres admirable!

Ella reía, abandonándose a las caricias. Y era de notar, en su risa traviera y loca, un no sé qué de añorado que nunca tuvo, y que distaba tanto de la antigua empleada, ansiosa de conservar su seriedad ante el pensamiento tenaz del casorio, como de la esposa, ya empingrotada, del anciano negociante. El matrimonio, afinando a la cendolilla, que ocultaba con rubor sus tacones torcidos, había hecho de ella la más deliciosa de las amantes.

—¿Me prometes, Jorge, no decir palabra cuando me veas hacer algo que ahora se me ocurre?—interrogó, luciendo sus dientes blanquísimos, medio tumbada en el lecho donde se sentaron.

Jorge frunció el ceño, con gravedad chistosa.

—Según sea ello...

—Verás...

Incorporándose, abrió el saquito de mano, del que no se había apartado. De allí extrajo una cosa que el amante no pudo ver. Rápidamente, cogió su diestra. Sintió a seguidas Jorge algo que le oprimía el anular; y, cuando hubo alzado la mano a la altura de sus ojos, vió relucir, con irisados destellos, al claror de la lámpara, una piedra preciosa. ¡Era el solitario!

—¡Oh, Sofía, Sofía!—exclamó el futuro autor de *La idea democrática*, coloreado, confuso, y un sí no es poseído de enojo.

—¡Chist, señorito! Convinimos en que usted no diría nada...

—¡Pero, mujer!

—¡Ni una palabra, don Jorge, porque me disgusta!—gritó, sofocando con besos la nascente protesta—. Es un humilde homenaje al nuevo diputado, por sus triunfos...

Dolíanle a Bazán las generosidades de su querida; mayormente, al considerar que él, hasta entonces, no le ofreciera presentes de tan subido valor. Y no acertando a reprimir su embarazo, ya se disponía a volver a la brega para reprochar a Sofía lo que estimaba como asunto molesto más bien que como prenda de amor rendido, cuando llamaron a la puerta de la alcoba, que a uno de los pasillos de la vecindad abocaba.

Quedáronse los dos mudos y petrificados—. ¿Quién podía ser?—Aguardaron. Los toques, primero tímidos, luego francos y sonoros, no tardaron en repetirse.

—¡A quién diablos se le ocurrirá, a estas horas!—gruñó el joven.

—¡Cállate, por Dios!—le suplicó ella, temblorosa, al oído, llena de espanto ante el horrible drama que en tan breves instantes había alcanzado ya a forjar.

Jorge hubo de levantarse. Le hizo seña de que guardara silencio. Pasó al estudio, cerrando tras de sí la puerta con el picaporte—. Momentos más tarde escuchaba la amante el rumor de la voz del diputado, unido al de otra que no conoció, pero que desde luego resultaba ser de persona que había penetrado en la pieza vecina e instalándose con ambas posaderas,

¡Cómo lamentó Sofía que un intruso viniera

a turbar la linda escena que se desarrollaba. Porque intruso era—y no su marido, armado hasta los dientes, como pensó—el que había entrado. Ahora, tendida en la cama, recibiendo la velada luz que se expandía de la lámpara en suaves irradiaciones, se sentía morir de risa al pensar en su suposición. ¡Don Miguel trágico! ¡Oh, por San Expedito! ¡Y tan gracioso que estaría el pobre señor disfrazado de Otelo!

—¡Inoportuno ese!—suspiraba, descansando su negrísima cabeza sobre de las manos ensortijadas.

Había realizado una verdadera labor de abnegación y de paciencia para adquirir el solitario soñado. Producto era éste de la venta de algunas de sus propias joyas; de pequeñas deudas que contrajo, y de un sablazo dado con gallarda intrepidez al complaciente marido.— ¡Con qué íntimo regocijo había ido aquella tarde a *La Esmeralda* a comprarlo. Mirándolo y remirándolo junto al mostrador, sonaron las seis y media, sin que ella lo advirtiese. Llena de zozobra hubo de tomar un coche de punto, no bien del enorme retardo en la cita se dió cuenta; y al llegar pensaba decir a Jorge, francamente, la causa de aquél, cuando, sin que la propia inventora pudiese evitarlo, salió de sus labios el cuento famoso del encuentro con Ondarza.—Ahora reía, reía, reía de tamaño embuste. Estaba cansada de engañar a su marido. Era la primera vez que engañaba a su amante. ¡Ya podía buscar Jorge, por tierra y mar, a la dichosa María Rodríguez!

A todo esto, la charla continuaba en la estancia aledaña.—¿Podía imaginarse descortesía mayor que la de dejarla sola?—Primero sintió tristeza; enojo luego; al fin curiosidad... Se incorporó, y fué a arrimar el oído a la cerradura de la puerta.—¡Más cuál no sería su pasmo al

reconocer aquella voz de marcadas inflexiones provincianas, ruda y seriota!

—¿A que no sabes—dijo el diputado al entrar, momentos después—quién acaba de estar aquí? ¡Pues Sixto Beltrán!

Sofía protestó, airada. ¡Qué imprudencia, Dios mío!—Pero su disgusto hubo de amenguar cuando el joven, con la locuacidad que le comunicaba la visión de la obra maestra que traía en el caletre, explicóle lo que significaría, en un glorioso futuro, la aparición de aquel monumento de la sabiduría democrática que en breve, a máquina, habría de copiar Sixto.—Lo disculpó entonces todo: hasta el pasajero abandono.

—¡Ya se ve!—observó—. ¡Beltrán es un pazguato!

Ambos pusieron cara triste cuando el reloj de péndola, en el cercano estudio, hizo sonar, con gran estruendo de resortes y herrajes fatigados, las campanadas de las ocho. Aquella había sido una entrevista *manqué*. Jorge, mirando brillar el solitario, la besó en los ojos. Más tarde, dulcemente, la acompañaba por las calles desiertas, henchidas del misterio nocturno. Se había disipado la lluvia, y las pisadas de los amantes, al sonar sobre el pavimento, se confundían...

XXVI

Sorpresa grande fué para Sixto Beltrán encontrar una noche, en casa de su novia, a Lugo y Berruguete. Don Ruperto, al decir de su hermana, no aportaba por ahí sino muy de tarde en tarde, por campana de vacante; y era su presencia reveladora de una de estas dos cosas: comilona o fronda.

Llegaba Sixto radiante. Había estrenado flux el domingo anterior; y lo majo de éste, el ruidoso júbilo de colores de la corbata, así como la expresión de alegría que le retozaba en el rostro, harto dijeron a la cojita que muy buenas nuevas tendría que darle. Adelantóse, pues, Rosa María a recibirle, con interrogadora mirada; y Beltrán estrechó las manos de su tío y suegra presuntos, aceptando alborozado el asiento que, frente a ellos, en la mesa del comedor, le ofrecieron.

—¿Qué hay, pollo? ¿Ya mudamos de estado, o séase de plumaje?

—Así parece, señor don Ruperto...

—¡Hola, hombre, hola! ¿Se ha descubierto alguna nueva mina en Alaska; se ha inventado el modo de vivir sin comer; ha aparecido algún cometa con cauda de oro, regadora de pesos, o qué diablos sucede de inesperado para que usted, al cabo de dos años de suspiros, se decida a dar prole numerosa a la patria, si el Sagrado Corazón o Señor San José lo permiten?

Y al expresar esto, embaulaba en la bocaza medio bizcocho, que previamente había zambullido en el tazón de chocolate.

—No nos corre tanta prisa, tío —arguyó Rosa María, a quien escandalizaban las maneras y palabrotas del gordo señor.

—Pues no te pareces a mi hija Conchita, que ha dejado el canto y la gloria que con él la aguardaba, por enamorarse como una burra de cierto pelagatos, escribiente de Fomento, con el que ya nos dan las doce... ¡Vaya si le corre prisa a la inocente! Pero como si no le corriera... Inútil ha sido que al mencionado pelagatos le metamos en casa y le guardemos todo género de consideraciones. Creo que mi mujer le remienda hasta los calcetines, porque es solo y no tiene perro que le ladre. De cenas

en mi casa, ya no cuento las que se ha zampado... ¡Pues, ni por esas! El hombre se casará el año de la hebra...

—¡Y cuando se case —intercaló doña Eduvigis—, no volverás a verle la cara a Concha, ni por equivocación! Pregúntamelo a mí, que aún no me convenzo de que sea realidad el comportamiento incalificable de Sofía. ¡Nos mira como apestadas!

—Eso me tiene sin cuidado, Eduvigis. Yo sigo la máxima de que no hay más pariente que Dios, ni más amigo que un peso... Lo que me irrita, lo que me saca de quicio, es que Concha se empeñe en deslustrar nuestro limpio nombre, casándose con un gazznápíro que a la vuelta de dos semanas, en plena luna de miel, hará que le lave los calzones... ¡Ella, que estaba destinada a ser la heredera legítima de Angela Peralta!... ¿Y sabe usted quién tiene la culpa de todo esto? —bufó, dirigiéndose a Beltrán—. ¡Las mujeres, amigote! De que una mujer dice este macho es mi mula, ni quien le pruebe lo contrario. La mía no debería apellidarse Giulluzzi, sino Brutuzzi, por lo testaruda. Se lo aviso, para que, cuando le llegue a usted su turno, se faje bien los pantalones...

Rosa María sonreía al escucharlo. Beltrán consideraba a su novia, riendo interiormente de las prédicas de Lugo y Berruguete.

—Nosotros seremos felices, don Ruperto —afirmó—, porque a nada aspiramos, y porque sin glorias ni relumbrones de esos que a usted le gustan, estaremos contentos...

—¡Ya se ve! A usted todavía no se le cae la cáscara, amigo; y así empleen almohazas para peinarlo, conservará siempre el pelo de la dehesa. Nosotros, ya es otra cosa. Los Lugos pertenecemos a una casta de hombres superiores. El primer Lugo vino a México con el Vi-

rrey Bucareli. Otro Lugo peleó al lado del gran Morelos. Otro más luchó por la libertad en los ejércitos reformistas. Finalmente, yo, más que me esté mal el decirlo, no soy del montón... Mi compadre don Manuel González, el día de mi matrimonio, que apadrinó, me aseguraba: «¡Tú irás muy lejos, Ruperto; tienes sangre patricia en las venas, y mucha, muchísima molle-
ra!» Y ya ve usted que no fui lejos, sino cerca, a la puerca calle, adonde me han echado hombres ingratos...

—¡Cómo!—exclamó Sixto—. ¿Ya no le tenemos a usted en la Oficina de Patentes y Marcas?

—No. De eso hablaba a Eduvigis, precisamente. Ayer cesé. ¡Y estoy contento, hombre, vaya si lo estoy! Sálvense los principios, aunque el hombre perezca: tal es mi lema.

Estaba el recio varón que no cabía en sí de la furia. Tras de mucho vociferar y meterse en clubes y azuzar a la plebe en los mitines, hubo de conseguir que le nombraran oficial tercero en la oficina susodicha. Pero tantas borracheras y faltas le aguantaron en los últimos seis meses, que el jefe, aburrido, se las arregló de modo que el descendiente del favorito de Bucareli fuese a dar con su humanidad en las cuatro esquinas.

¡Favoritismos! ¡La vuelta al reinado de los paniaguados del tiempo de Porfirio!—observó, retorciéndose los bigotazos—. A los hombres sanos, de limpio credo revolucionario, se nos corre a puntapiés. Bien se lo decía yo a mi amigo Madero una vez que me consultó: ¡Hay que «arriar» duro con ellos, hombre!... No «arrió», sin embargo. Antes se ha hecho del partido de los hijos de tal... ¡Pero, ya vendrá, ya vendrá el tiempo de las reivindicaciones!—Y entonces cada cual quedará en su lugar, y han

de gobernar a la nación quienes yo me sé... ¡El pueblo tiene hambre y sed de justicia!

Todavía, antes de dar por terminado el pequeño refrigerio, digno de un canónigo, que le ofrecieron, Lugo y Berruguete, humanizándose, hubo de engullir una fritura de huevos. Estaba desolado por la desorganización que advertía en el mundo. Tocante al estado actual del país, su filosofía se encerraba en la manoseada frase dantesca: *¡Lasciate ogni speranza!*

Doña Eduvigis le consoló, lamentando el estigma de desgracia que había caído sobre las ramas de Lavines y Lugos. Ella a todo se avenía, empero. Lo único que la torturaba era el desvío de la primogénita.

—¡Ahí tienes! ¡Ahí tienes!—rugió el hermano—. ¿Para quiénes ha sido la cosecha de lo que nosotros sembramos? ¡Para currutacos como el Jorge Bazán! Con disparatar a diario en la Cámara, ya tiene el camino andado... ¡No; si cuando yo digo que hay algo podrido en Dinamarca...!

A las nueve y cuarto se marchó. Fué un alivio para los novios verle encasquetarse el «morrongo» grasiento. Despidióse con sendos apretones de manos. Y en la escalera, cuando la mole enorme de su corpazo desaparecía en las tinieblas, no pudiendo aún renunciar al afán de citas que le acosaba en las derrotas, dijo a Sixto:

—¡Todo se ha perdido, chico, menos el honor, como aseguró, creo que Fernando VII! Cásate, e invítame al «guajolote», que bien voy a necesitarlo...

—¡Qué felicidad, cuando se quedaron solos, en la vetusta salita en cuyo testero colgaba el retrato amplificado del difunto Ministro de Gobernación en proyecto! Allí había corrido la historia de sus amores, monótona y simple.

Durante dos años, el mozo, luego de cenar, encaminóse día a día a aquella estancia. Su novia le acogía, mimosa. Tan dulces como sus ojos grises eran los aladares rubios que sombreaban su frente. Más semejaba una amiga, una hermana predilecta, que no la futura animadora del hogar. Dos cosas la denunciaban tan sólo: el ramo de flores—regalo de ya se sabe quien—, que de domingo a sábado languidecía sobre de la vieja consola, junto de un grupo en yeso que representaba a dos caballos, obra del escultórico arte callejero; y, más que el ramo de flores, la luz increada, hondamente espiritual, que brotaba de las pupilas de la desvalida, cada vez que su madre les dejaba solos, y podía ella abandonar sus manos—manos laboriosas, como abejas—, a las tímidas caricias de Sixto.

Aquella noche, mientras doña Eduvigis se ocupaba en volver a su sitio la vajilla usada durante la cena extraordinaria que se hizo servir don Ruperto, Rosa María dijo a Beltrán, en cuanto le vió entrar:

—Por primera vez me tienes curiosa. Algo adiviné que no querías decirme en presencia del grosero de mi tío, quien todo lo echa a broma y no deja títere con cabeza.... ¿Me equivoco quizá, Sixto?

—No, no te equivocas—repuso él, agitándose las solapas.

A las claras se descubría que le dominaba una emoción creciente; que un capítulo original y nuevo iba a engarzarse en aquella novela vulgar.

—¿Qué es, Sixto? ¿Qué es?

—Es... Rosa María... sencillamente... que nos casaremos pronto...— Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Seguidamente, conservando entre las suyas las angélicas manos, le refirió el caso: Don Mi-

guel Bringas le había llamado. Sabía de su ilusión y quería ayudar a que se realizara. Con este fin, acababa de nombrarle cajero de la casa, en sustitución del que falleció días antes.— ¡Cajero a los veintisiete años! ¡Nunca soñó que en tan temprana edad fuera sucesor, en el puesto, de su propio padre, el amigo de juventud del patrón!

—¡Ahora sí, niña! ¡Ahora sí! ¡Ah, ya era tiempo!

Y hacía cuentas. Con el sueldo que iba a ganar, añadido a los emolumentos que le proporcionaría la copia a máquina del metafísico libro del licenciado Bazán—jun libro largo, muy largo!—calculaba que en ocho meses habría completado la suma necesaria para cubrir el presupuesto mil veces redactado. A las cifras sucedían castillos en el aire. Y su fiebre—rara en aquel carácter reservado, zahareño—se comunicaba a Rosa María. Soñaban ambos en la casita futura. Sus imaginaciones la iban pintando de azul. Sería un verdadero nido, en algún pueblo de los alrededores, donde las casas, a poca costa, tienen corral para criar gallinas, enredaderas profusas y rosales.

—¡Pobrecita! No trabajarás ya...—murmuraba, aprisionando las enflaquecidas manos en las suyas, anchas y noblotas—. ¡Has trabajado tanto!

Se deshizo después en alabanzas a su amo. Era para él don Miguel punto menos que un padre. Cuanto había hecho Sixto, a su patrón se lo debía; y sólo podría pagárselo en la buena moneda con que se lo pagaba: con lealtad, con respeto, con afección sin límites.

En lo más elocuente de su efusiva perorata estaba cuando entró doña Eduvigis.

—¿Qué pasa, hombre, que te oigo hablar tanto?

Rosa María hubo de lanzarle una furtiva mirada de súplica. El la comprendió. Nada quería su novia que se supiera. Y con evasivas, respondió a la pregunta de su futura suegra.

—¡Cosas sin importancia! ¡Uhm!—exclamó ésta, calándose los anteojos, una vez que estuvo sentada junto de la mesa que sustentaba la familiar lámpara de petróleo—. ¡Quién sabe qué te traigas tú en la cabeza, mosquita muerta! Pero, ya se sabrá...

Y no dijo más. Interesadísima, púsose a leer la nueva novela de Pérez Escrich que le habían enviado del gabinete de lectura de que era suscritora. En tanto, los enamorados prosiguieron su charla; más que charla, cambio de miradas y sonrisas fugitivas que subrayaban la conversación simple.

Cuando Sixto Beltrán partió, e hija y madre procedieron a recogerse, la cojita, mirando a los ojos de doña Eduvigis, con una mirada de alegría melancólica que ella nunca le había visto, interrogó:

—Madre: si mañana o pasado te abandonara, para ser dichosa, ¿me lo reprocharías?

XXVII

Don Miguel Bringas no había conocido el dolor. En su edad moza, el eterno errar por los caminos enseñóle la alegría de vivir. Más tarde, el comercio conyugal con una mujer que se le asemejaba en ideales y aspiraciones, y cuyo carácter, por manso y por dulce, sabía amoldarse a las exigencias del suyo, hizo de su vida una historia gris, ayuna de incidentes y pihuelas; regularizada como una péndola; encaminada a su natural fin — la riqueza —, sin que

obstáculos grandes ni pequeños a él se opusieran.

En la sucesión de episodios sin interés de su insípida biografía, uno vino al cabo, que si el biografiado fuera joven, con harta propiedad podría llamarse el capítulo azul; aquella pasión retardada, puramente física, que le inspiraron unos ojos negros y unos lindos brazos. Barruntos hay de que acaso hubiera podido satisfacerla a espaldas de la Santa Iglesia (en la lógica amorosa de hogaño la especie «taquígrafa» a menudo suele comprenderse dentro del género «patrón»). La primera y rotunda negativa de la ninfa al escuchar los balbucientes requerimientos del fauno; resabios de timidez en quien, como don Miguel, alentó durante años en morigeradísimo estado matrimonial; y, más que todo, su natural hombría de bien, no desprovista de un vago fondo de creencia, movieronle, sin embargo, a no irse por el atajo, cuando ancho y bien soleado se ofrecía el camino que las leyes divinas y humanas señalan a la inquieta pasión para saciarla.

Tras de larguísimo paréntesis de quietud, revivían en el viejo comerciante los instintos de goce, de satisfacción brutal de los apetitos, que caracterizaron en otro tiempo al mancebo que probó las delicias de la existencia aventurera de los caminos, en posadas y alquerías. Anquilosado por su sedentario vivir, obrábase en él de pronto singular palingenesia. Sus horizontes se ensanchaban. No era ya la caza del duro su preocupación única: una mujer bonita, a la que adoraba, reclamaba con caricias la realización de anhelos placenteros. Y ella, esclava de la pobreza, y él, esclavo del trabajo, convergían en aquella ansia de gozar, con una sola diferencia: la de que mientras en Sofía tal aspiración era egoísta, puesto que en el regalo de